

LA SENTENCIA

Por Alberto Tarsitano

Las pesadas cortinas no dejaban entrar la luz, salvo el tenue haz que se filtraba por la unión de los paños haciendo foco sobre el expediente, como una señal que aquel hombre atribulado no podía interpretar. El resto de la habitación estaba en penumbras, en la misma penumbra del lenguaje usado por las normas que él se empeñaba en conciliar. Sobre el escritorio se desparramaban leyes, antecedentes y fallos, a la vez que una docena de libros apilados con sus hojas marcadas con tiritas de papel estaban a punto de desplomarse. Mientras leía sintió una inclinación espontánea hacia una de las partes del pleito, por alguna razón que no podía explicar. Era su intuición o quizás un prejuicio por superar. En vano pretendió rastrear intenciones y más que nunca sintió que el “fin de la ley” era como esos puertos que cobijan a los pequeños veleros después de una tormenta, pero que no los ayudan durante las peripecias del derrotero. En un intento por ordenar sus pensamientos volvió a repasar los hechos y a tejer conjeturas, aunque el vértigo de las ideas se arremolinaba en su mente, confundiéndolo.

Le provocó cierta angustia proyectar los efectos de la sentencia, que trató de despejar especulando sobre las reacciones que despertaría en los demás. Le preocupaba abrir una ventana por la que se colaran quienes no habían sido invitados por la ley. Por un momento creyó encontrar un atajo para eludir las cuestiones espinosas, que su sentido de la Justicia pronto le hizo abandonar. De inmediato se sintió atrapado entre dos fuerzas: la del legislador, que debía actualizar en el caso; la del tribunal de apelación, que lo iba a controlar. Trató de acomodar sus razones para conformar a quienes habrían de revisar su decisión. Se sintió mezquino, egoísta, no era ese el comportamiento que se espera de un buen juez. Y él lo era.

Fue, entonces, cuando Eugenia irrumpió abruptamente para sacarlo de aquel letargo en el que se hallaba. La mujer era una vieja empleada de los servicios de mantenimiento; robusta, vivaracha, pulcra, con la autoridad que le confería haber sido testigo del inicio de muchos noveles abogados devenidos en jueces. Los años le adjudicaban un aire de matrona que acentuaba con su espontánea propensión a derrochar consejos y recomendaciones.

—Buenos días, doctor -saludó con tono seguro-. Vengo a echarle un poco de agua a la plantita. Con estos calores y semejante oscuridad, la pobre se nos muere en

cualquier momento –agregó, levantando el tono de voz a medida que recorría la frase.

En el silencio de la habitación, el acento puesto en el “se nos muere” transmitía una corriente de alegre informalidad. Es posible que fuera la manera en que ella conectara su alma con la del hombre, que poco o nada tenían en común. Entendida en sus menesteres, casi sin mirar, derramó el agua contenida en una botella de plástico sobre un potus esmirriado, situado justo en el ángulo que formaba la antigua biblioteca de raíz de nogal y un desvencijado sillón de dos cuerpos.

—¡El hecho de que la planta pueda morirse no la autoriza a matarme de un infarto! – respondió sorprendido el Juez, mientras acomodaba su cuerpo desalineado.

Se sintió en falta por el abandono de la pose ceremoniosa que normalmente acompañaba cada uno de sus movimientos. En la intimidad de su despacho, el cansancio había transformado la imagen de aquel hombre justo en un pálido sobreviviente de una noche de aventuras, que apenas podía disimular el fastidio provocado por una intromisión que lo empujaba desde su marasmo hacia las cosas cotidianas.

Hubiera querido gritarle a la mujer que se fuera, que lo dejara en paz o que no lo distrajera de sus obligaciones con banalidades, pero el don de gentes en el que había sido educado contuvo la reprimenda.

La mujer percibió el pudor en la cara del hombre que ahora levantaba la cabeza del expediente, para dirigirle una mirada de desconcierto.

—No se preocupe por mí, doctor -le dijo con amabilidad-. Yo no me fijo en las formas sino en lo que hay adentro. Y la realidad verdadera es que en el fondo usted es una buena persona.

—Veo que usted también sentencia -contestó el Juez con ironía.

No intercambiaron más palabras, pero esas fueron suficientes para que quedara merodeando en su mente aquello de “la realidad verdadera”. Se frotó las manos contra el rostro y pasó su dedo índice por sobre la nariz, como si percibiera la verdad subyacente en la redundancia del enunciado. Probablemente fuera el olor de lo absoluto, del mundo decente de Eugenia, hecho de buenas y malas personas, donde todo regía cual el viejo proverbio: *al pan, pan y al vino, vino*; lleno de plantas que

cuidaba y de expedientes que atendían otros. Era su interpretación de la vida, poblada de realidades ciertas y otras que no lo eran tanto. ¡Por supuesto que ella también juzgaba!

El juez comenzó a descender de su Torre de Babel. Creyó entender que las cosas estaban unidas por un lazo más fuerte que el hilo del mero capricho, como si fuera un marmágnum de señales a la espera de que alguien acierte con el camino: evidentes, confusas, simples o heroicas. Pensó en la crucifixión... y en el mosquito que se había detenido ahora sobre la planta. Palabras, actos, movimientos y alegorías no eran más que signos por descifrar, gestos que se interpretan, e interpretaciones sobre la interpretación. Realidad, interpretación e intérprete fusionados para construir sentido, el sentido de la vida.

Repentinamente comenzó a hilvanar ideas: forma y sustancia; realidad y ficción; figura y fondo. Sobrevolaban en su cabeza las teorías de filósofos, epistemólogos, lingüistas y hombres del derecho. Se le figuraban una multitud de rostros que atribuía a Husserl, Santo Tomás, Saussure, Freud o Kelsen. Encontró alivio en aquel caos con una imagen: viajaban todos en el subterráneo rumbo a los tribunales, los personajes y él. Una representación simbólica de la savia que nutre el tronco o la sangre que recorre el cuerpo. Eugenia se le ocurría ahora como una musa inspiradora, que había convertido su cuerpo rudo en el de una doncella vestal. Ya no la consideraba con benevolencia sino con un dejo de admiración. Su mirada empezó a perderse nuevamente entre sus pensamientos. Estaba tan ensimismado en ellos que no logró rescatar las últimas palabras de la mujer, pronunciadas justo al tiempo que cerró la puerta. Intuyó un saludo mientras se sumergía nuevamente en las aguas profundas de aquello que debía resolver.

De repente se detuvo. Le pareció encontrar entre tantos textos y hechos la solución justa para repartir los intereses enfrentados. Algo excitado con el resultado, empezó a recorrer el camino de la motivación, que nadie antes le indicó. Esbozó una sonrisa aprobatoria. ¡Por fin! Había descubierto entre un enjambre de leyes la norma individual ajustada al caso o la había construido; daba igual. Con un suspiro de alivio se dispuso a redactar su sentencia.

Unas horas más tarde, ya reincorporado de su gastado y hundido sillón, bebió el poco café que quedaba en la taza; estaba frío y con gusto rancio, pero no le importó. Era casi un acto reflejo, inevitable, que realizaba siempre al terminar su tarea. Satisfecho, respiró profundo. Por alguna razón le vino a su mente una frase de Gandhi, que parafraseó con originalidad: "... no hay un camino para la

interpretación; el Juez es el camino”. La repitió a media voz, como si revelara un secreto que latía en las entrañas de las miles de fojas del expediente que acababa de ordenar, con la intención de no verlo nunca jamás.

Se dirigió hacia la salida pero volvió sobre sus pasos para acariciar las hojas del potus al que nunca le había prestado atención.

Enero 2009